

BOLETIN DOMINICAL

CONSAGRADO A PROPAGAR LA SANTIFICACION DE LOS DIAS FESTIVOS.

DIRECTOR,

D. ZACARIAS METOLA, CANÓNIGO LECTORAL.

Y acabó Dios su obra; y reposó el día séptimo.
Y bendijo el día séptimo, y santificólo.

Gen. Cap. II. v. 2 y 3.

Santificar las fiestas.

(Tercer mandamiento de la ley de Dios.

La azucena mística.

—
Sicut liliū inter spinas,
sic amica mea interfilias,
CANT. II.

—
No es menester que el orador sagrado acuda á los jardines de una retórica mundana en busca de flores para tejer una guirnalda de alabanzas en honor de María, cuando tiene abiertos y á su disposicion los jardines del Espíritu Santo, á saber; las santas Escrituras donde puede tomar el habla de Dios y el pincel del Espíritu divino para ensalzar las grandezas de María, y mostrar á los fieles las mil y mil bellisimas y aromáticas flores que adornan su manto de oro y hermocean su régia corona.

Hoy escojemos entre tanta variedad de flores la blanca azuce-

na que ha de ofrecernos materia fecunda y favorable coyuntura para elogiar á la Virgen y excitar en nuestros corazones sentimientos de piedad y devocion á la Señora sin olvidar la reforma de nuestras costumbres y la necesidad, apremiante en nuestros dias, de restablecer en las almas el reinado de las hermosas y civilizadoras virtudes cristianas, y especialmente, de la pureza.

Estudiemos, pues, las cualidades de la azucena, y aplicando á María el simbolismo de esta bellisima flor, no solo justificaremos que la Virgen resplandece entre las hijas de los hombres como la azucena entre las espinas, sino que haremos brotar oportunas y fecundas reflexiones, sobre la necesidad de purificar las costumbres, y libertar á las almas de la abominable tiranía

de la mas infame de las pasiones.

Como el esclavo espera con ánsia y saluda con regocijo el dia de su libertad, así el mundo suspiraba por el nacimiento de aquella misteriosa Virgen, que habia de dar á luz y alimentar con el purísimo nectar de sus pechos al libertador divino, prometido en el Paraíso, anunciado por los profetas, y esperado de todas las gentes. Llegó por dicha la plenitud de los tiempos, y la Virgen de Isaias fué concebida sin pecado original, brotando de las espinas de la culpa como la azucena que cercada de espinas se eleva sobre su talla esbelta, lozana y perfumada. *Sicut liliū inter spinas, sic amica mea inter filias*. Todos nacemos en pecado; todas las hijas de los hombres están condenadas á sufrir las heridas mortales que causan en el cuerpo y en el alma las espinas del pecado original y las de los vicios y pecados.

Pero esta hija de Dios se conservó íntegra y pura en medio de la universal corrupcion. Así como la azucena nacida entre espinas no pierde sus matices ni sus aromas, antes bien, cuanto mas punzada de las espinas esperece una fragancia mas abun-

dante y delicada, así la Virgen aunque nació de un tronco dañado, y vivió cercada de un pueblo duro de cerviz, incircunciso de corazón, aunque sufrió las punzadas del dolor y del martirio, jamás perdió el candor de su inocencia ni el perfume de su buena fama, antes bien, cuanto mas atravesaban su corazón las espinas de las tribulaciones, á medida que se desbordaban sobre su cabeza los torrentes de la iniquidad, crecía en virtud, aquílata por la paciencia, y ostentaba mas brillo su santidad, y difundía mas suave fragancia el lirio de su pureza.

Buscando todavía el simbolismo místico de la azucena, estudiando las comparaciones bíblicas entre esta peregrina flor, y la Reina de las flores, veremos que el Espíritu Santo compara el vientre virginal de su Esposa á un monton de trigo cercado de azucenas: *Venter tuus si cut acerbus tritici vallatus liliis* (1). Escogida entre todas las mujeres para Madre del Verbo, el vientre de María habia de ser el tálamo del Espíritu Santo, el santuario donde el Hijo de Dios celebraría sus bodas con la naturaleza humana, y el reclinatorio de la San-

(1) Cant. VII

tísima Trinidad. Y tan sublimes destinos pedían una pureza extraordinaria, una santidad eminente, y tanta variedad de virtudes que con verdad pudiera asemejarse el vientre de María á un montón de trigo cercado de azucenas. Contempladla con el ojo limpio de la fé, y la vereis coronada con la azucena de la caridad, y elevada sobre la azucena de la humildad, embellecida con la azucena de la pureza, cercada de la azucena de la templanza en la prosperidad, fortificada por el lirio de la fortaleza en la adversidad. Desde su inmaculada Concepcion hasta su gloriosa Asuncion su vida ostentó todas las galas de un día de primavera, toda vez que siempre estuvo llena de gracias, y engalanada con flores de rosas, y lirios de los valles.

Et sicut die verni circumdabant eam flores rosaru mel lilia convallium (1). Su Amado que se apacenta entre azucenas fué para ella, y ella fué para su Amado. Sí; la Virgen fué la hija predilecta del Padre, la Esposa amada del Espíritu Santo, la Madre amantísima del Verbo, el paraíso viviente, la casa de oro, el jardín de los aromas donde la Santísima Trinidad se apacienta entre azucenas. *Dilectus*

(1) Ecclesia in officio.

meus mihi, et ego illi qui pascitur inter lilia (1). ¡Oh! Si conociéramos el precio de la pureza y las gracias y regalos que Dios reserva para los limpios de corazón! Por su pureza alcanzó la Virgen la dignidad altísima de Madre y Reina, Madre de Dios y Reina del mundo. Por su pureza mereció ser constituida sobre los Angeles y los hombres, y coronada de honor y de gloria. Por su pureza subió á ocupar un trono de gloria á la derecha de su Hijo, y desde aquel encumbrado asiento ejerce con amorosa solicitud los oficios de su Maternidad en favor de los hijos, adoptados al pié de la Cruz. No hay gracias que no pueda alcanzar porque su mediacion es omnipotente á causa de su humildad, de su pureza y de su caridad. Poned en las purísimas manos de María vuestros deseos, vuestras cuitas, vuestros votos y oraciones y estad seguros de ser bien despachados. No se cansa de complacer á la Reina de las flores aquel amante de la pureza que se apacienta entre azucenas. No hay en la tierra medicina, ni tampoco médico que pueda curar las hediondas llagas de la impureza. Todo lo ha invadido este pecado capital, y sus extra-

(1) Cant. II.

gos son horribles. A la pasión, pero á la mas infame de las pasiones entregan su libertad, su conciencia, su alma, su salvación, todas las clases, edades y condiciones. Toda carne ha corrompido sus caminos, y toda virtud parece abrasada por el fuego de la lujuria. En tan deplorable situación ¿á dónde acudir en busca de remedio sino á la Madre del amor hermoso y Reina de la pureza?

Salvadnos, Señora, que estamos á punto de perecer. En este diluvio de iniquidad y de impureza solo dentro del arca que sois Vos podemos salvarnos en el tiempo y en la eternidad.

Z. M.

HANS DOLLER.

En la vertiente septentrional de los Alpes de la Franconia, y á poca distancia de la antigua ciudad de Nurembergh, vivía á principios del siglo pasado una familia católica compuesta del padre, hombre de unos 35 años, de la madre, de un niño que se estaba preparando para recibir la primera comunión y de dos niñas pequeñas. Esta buena gente cubria las necesidades de la vida esculpiendo figuras y paisajes para venderlos á los niños de las grandes ciudades.

Hans Doller el escultor era muy conocido, y algunos le daban el nombre de artista. Pobre y modesto, no aspiraba á

mas que á vivir feliz trabajando al lado de su buena familia. Su mujer era piadosa como él, y su única ambicion se reducía como en Hans á vivir dichosa y tranquila con su marido y con sus hijos.

Gretchen, que tal es el nombre de la esposa, era muy devota de San José, Patron de los escultores en madera, deto del valle, y por lo tanto de Hans. Esto la movió á empeñar á su marido en tallar una imágen del glorioso Patriarca. Tanto por devocion, como por complacer á Gretchen, Hans cogió un tronco de abeto que no tenia defecto y talló una efigie de San José.

Tenia el Santo de la mano al niño Jesús, como en ademan de rogarle que bendijera á los que acudiesen á sus plantas.

El pequeño Fritz ayudó á su padre en este trabajo y los dos pusieron en ello tanto cuidado é inteligencia, que una vez concluida la escultura, hubieron de confesar que hasta entonces no habia salido de sus manos obra tan acabada.

Hans habia estudiado poco el diseño y los principios del arte que profesaba; pero con todo recibió en su juventud algunas lecciones del célebre Mateo Kager, de Mónaco, y como tenia verdadera inspiracion, todo cuanto esculpía era buscado por los comerciantes.

Concluida la imágen de San José, se le construyó un nicho junto á la vereda próxima, y todas las noches se reunia allí la familia del escultor para encomendarse á Dios.

Cuando Fritz recibió la primera comunión, cosa que hizo con la piedad de un ángel, hubo llegado el momento de en-

viarlo á Múnaco para que se perfeccionara en el arte de su padre, motivo por el cual la familia tuvo que hacer gastos extraordinarios; pero Hans cayó enfermo y no le fué posible concluir las obras que le encargaran, y con cuyo producto pensaba atender á los gastos de viaje de su hijo.

Gretchen llena de inquietudes cuidaba á su marido con sin igual ternura; pero el mal iba en aumento, y con él la intranquilidad de la buena mujer. El pequeño Fritz se esmeraba en suplir la falta de su padre y trabajaba sin descanso, pero era tan poca su habilidad!..

Una noche en que Hans, sufría mas de lo regular, y Gretchen, dominada por el cansancio, despues de haber hecho dormir á las niñas se rindió tambien al sueño, el marido vió de improviso un gran resplandor en la habitacion, y luego á un varon de aspecto magestuoso y venerando acompañado de un hermosísimo niño de cabellos rubios. El varon tomó asiento en el banco donde Hans trabajaba, y cogiendo los útiles del escultor se puso á concluir las piezas que estaban empezadas.

Esta vision le turbó y estuvo á punto de llamar; pero los artistas misteriosos tenían aspecto tan digno y sereno, su mirada era tan dulce y afable, que en vez de mover á temor inspiraban indecible confianza; así es que Hans se dejó llevar de inefable admiración, y temiendo que si se movía ellos se marcharian, se esforzó en retener, como suele decirse, el aliento. Por otra parte, le parecia reconocer las facciones de los misteriosos Personajes. Dónde los habria visto?

Así se pasó el tiempo sin que Hans lo advirtiera. Por fin los misteriosos personajes, rodeados de admirables y clarísimos destellos, se aproximaron al lecho de Fritz, le tocaron en la frente con la mano, la extendieron hácia el marido y la mujer en ademán de bendecirlos, y alzándose como un rayo de sol, el escultor dejó de verlos.

La habitacion se quedó á oscuras pero no tardaron en llegar al enfermo los primeros destellos del dia. Hans presentándose á un movimiento insólito intentó dejar la cama. Tenía la cabeza serena y fuerte; extendió los brazos y los halló tan robustos como si nunca hubiese estado enfermo.

—Gretchen, dame la ropa, porque estoy bueno y quiero levantarme; dijo llamando á su mujer.

Al mismo tiempo que Gretchen, despertaron Fritz y sus dos hermanitas, y no acertaban á volver de la admiración viendo completamente restablecido á su padre. Pero Hans, sin darles tiempo para decir una palabra, tomándolos de la mano los llevó al banco del trabajo, y cuál no sería la sorpresa y la admiración de todos al ver perfectamente terminados y perfilados objetos en los que hacia mas de quince dias que no se trabajaba!

Qué habia sucedido? era aquello un sueño? La vision de la noche fué delirio de la calentura ó felicísima realidad? Ah! él estaba curado y los objetos terminados! y aquello no era sueño ni delirio.

Con el corazón rebosando gratitud y alegría, el escultor lleva á su familia ante la imagen de San José para dar

gracias al Cielo, y allí reconoce en el Anciano y en el Niño á los dos Personajes que durante la noche le habian visitado. Entonces se decidió á referir á Gretchen lo ocurrido, y de rodillas ante el grupo del Santo Patriarca y del Niño Jesús, regaron el suelo con lágrimas de gratitud.

Este piadoso grupo se conserva todavía en la familia de Hans, y lo considera como su tesoro mas preciado.

Ojala que esta historia mueva á nuestros buenos lectores á poner en San José toda la confianza, y á implorar su valimiento en cualquier necesidad; porque el Santo Patriarca no abandona nunca á sus devotos.

BALADAS DEL RHIN.

EL CORAZON DE UN SANTO.

Qué inmenso dolor abrumba—el alma del anciano Sigisberto (1)—que así llora y suspira,—como si para él no hubiera consuelo ni espezanza?—De rodillas en las gradas del altar,—permanece inmóvil y estático.—Y las horas se suceden,—calladas y fugitivas como las ondas,—sin que cesen sus súplicas y sus gemidos.

El sol no ilumina ya, con sus rayos de fuego,—las aéreas cresterias de la cúpula,—ni las agudas flechas de las torres.—Las sombras invadieron tiempo hace,—las naves desiertas del templo;—alum-

Obispo de Lyon, en 960, año en que la tradición supone acaecido el suceso milagroso á que se refiere la balada.

brado tan solo por la llama vacilante—de la lámpara, emblema de la fé,—que arde siempre ante el santuario.

Y, á sus inciertos resplandores,—la luz y las sombras, se persiguen y confunden:—y parece que las columnas oscilan,—y las imágenes avanzan ó se ocultan en sus nichos,—y las estatuas de prelados y guerreros,—que duermen eternamente sobre los vetustos sepulcros,—se remueven inquietas en sus lechos de piedra....—Mas Sigisberto sigue abstraído,—y nada observa de cuanto á su alrededor pasa.

La campana de la *Queda*, anunció ya —la hora del reposo; y, dóciles á su voz,—los habitantes de Lyon, hánse acogido,—tiempo hace, á sus hogares, y un sueño reparador—les compensa las fatigas de la jornada—Y Sigisberto vela entre tanto,—como centinela infatigable, para deshacer—las asechanzas, que el enemigo prepara á los hombres,—cuando las tinieblas se extienden sobre la tierra.

El, que pasa la vida en la oración y el ayuno,—y todo lo niega á la flaqueza de la carne;—se cree siervo inútil, y halla siempre—sus manos vacías de obras y merecimientos.—El, á quien los fieles—miran como un santo,—se estremece al meditar—en la justicia del Eterno,—y se considera indigno de las misericordias del Altísimo.

«No, no entres, Señor, en juicio con tu siervo!—Exclama suspirando. Pues quién podrá—aparecer sin mancha en tu presencia?—Llamástemé, Dios mío! á regir vuestro rebaño—y, como pastor mercenario, no he sabido—librar mi grey de sus mortales enemigos!...—Y hé aquí,

que el día se acaba, y se aproxima para mí, la noche temerosa,—en la cual nadie trabajará!...

«Oh! Porque no me ha sido dado alcanzar el celo santo de vuestra gloria, que tantos lograron con sus plegarias?—Por qué no he procurado la ciencia—del sublime cantor de la Trinidad Beatísima?—Por qué mi corazón no se inflama con el amor—que abrasaba el corazón de Agustín?...»—Dice, y las lágrimas corren por sus mejillas—al recordar el objeto de sus fervientes oraciones.

Sí, á todas horas, vé delante de sus ojos—la imágen radiante del Obispo de Hipona,—su hermano en la fé y en el apostolado:—el modelo que aspira á copiar,—en todas sus acciones. Y cada día,—pide al cielo como una gracia,—de inestimable precio, le conceda alguna reliquia del gran Santo,—como prenda de singular intercesion.

Mientras tanto, la fatiga le rinde;—sus párpados se cierran lentamente; su cabeza—inclinada, se apoya en la columna,—á cuyo pié se encuentra arrodillado;—y el sueño se apodera al fin de él, dejándolo en la actitud—de la penitencia y la contemplacion...—Sueña; y sus sueños le representan,—en escenas maravillosas, los ardientes deseos de su corazón.

Le parece que el templo se ilumina,—de pronto, con los resplandores celestiales. Los muros brillan; las naves se extienden—infinitamente; las bóvedas se alzan,—ligeras y atrevidas, hasta el firmamento...—Una armonía incomparable llega á sus oídos;—y vé bajar entre nubes, que nunca pudo—ostentar la auro-

ra, una multitud de Angeles—de una belleza que deslumbra.

Y oye el susurro misterioso de sus alas,—confundirse con los cánticos de gloria y de adoracion...—Luego los cantos cesan y uno de aquellos—enviados dichosos del Eterno,—Se adelanta hácia él, y con voz—mas dulce que los primeros gorgoros—de la avecilla, mas arrobadora—que la cándida sonrisa de la prometida:—«Duermes, Sigisberto, le dice, despiértate!»

«¿Quién sois? pregunta el anciano obispo, en su sueño.—«Soy el Angel que tuvo á su cuidado la guarda de San Agustín,—mientras duró su peregrinacion sobre la tierra.—Alégrate! No temas!..... Tus súplicas—han sido al fin oidas. Hé aquí la reliquia que pedias al cielo.»—Y le presenta, en una caja de oro y de cristal,—obra pasmosa de arte y de riqueza—el corazón sagrado de Agustín.

«Dios no quiso pereciese un corazón—que ardió en amor tan grande—hácia Él, añade el Angel—A su muerte, yo fui el depositario—feliz, del tesoro que hoy debo—confiar á tu fervor. Levántate y recibe—el don precioso que Dios te hace,—para consuelo de tu alma—y de las almas que como Agustín le aman!»

El Angel calla. Sigisberto despierta súbitamente.—Todo ha cambiado!..... Vuelve atónito los ojos á todas partes...—A su alrededor se hallan los monges—que acudieron presurosos, llamados—á la oracion de media noche,—por las campanas, cuyos sonidos se escuchan todavía,—y se extienden por el aire,—hasta perderse en los ecos—de las frondosas márgenes del Ródano.

«¿Dónde está el Ángel? Hermanos míos! les pregunta angustiado y suplicante.— Qué se hizo el coro innumerable—de espíritus celestes que lo acompañaba?— No los visteis acaso? ... Qué fué de la reliquia?— Ah! decidme por piedad! En donde la pusisteis?...»—Y los monjes se miran unos á otros,—llenos de asombro, sin comprender—al que aman como padre y veneran como pastor.

Y parecen preguntarse entre sí,—con sus miradas, que extrañan misterio—ocultan aquellas palabras.—Y no se atreven á manifestar—la profunda sorpresa que les causa....—«Habrà sido un sueño, exclama—desalentado, el anciano Sigisberto,—al observar su silencio Un sueño?...—Ah! no..... He visto abrirse los cielos....»

«He visto bajar los Angeles del Señor—sobre nubes de fuego!...—Oía los cánticos que hacen la delicia—de los elegidos, en las mansiones eternas!...—Uno de los Angeles me ha hablado.... Sentía,—al escuchar su voz anegarse mi alma—en la fuente del amor infinito!—En sus manos llevaba la santa reliquia...—Luego.... Dios mío! Dios mío!...»

Y cubre su rostro con las manos,—y se entrega al amargo dolor,—que causa todo ensueño de felicidad desvanecido...—Mas pronto alza de nuevo la cabeza—«Señor! dice con humildad, si; he pecado—contra Vos.... En mi orgullo—creí recibir gracias—que nunca he merecido!...—Tened, Señor, piedad de mi miseria!...»

Se dirige hácia el altar, confuso y humillado.—Llega, y da un grito de inmensa alegría,—á que contestan, con

mil exclamaciones—de admiración, los monjes que le siguen.—Sobre el ara que cada día santifica, con su presencia—la inmaculada Víctima del sacrificio inerte,—está el presente divino, que el Ángel—confió á su piedad: la caja preciosa—que encierra el corazón de Agustín!...

El alma de Sigisberto, se llena de inefables consuelos:—su gozo se exhala en un himno de amor y adoración:—los monjes contestan en coro á sus cánticos:—el órgano hace oír, de pronto,—sus brillantes y grandiosas armonías;—el alegre clamoreo de las campanas llena el espacio:—y en el cielo y en la tierra resuenan,—sin cesar los acentos sublimes de la gratitud:—«*Misericordias Domini in æternum cantabo!* (1)

L. Z.

Colección

DE

Sermones, homilias y panegíricos,
obra original
escrita

POR EL DR. D. ZACARIAS METOLA Y CUENDE, CANÓNICO LECTORAL DE LA SANTA IGLESIA METROPOLITANA DE BURGOS.

Cuatro tomos: en rústica 13 pesetas, en pasta 16.

Los pedidos al autor, añadiendo una peseta 50 céntimos para franqueo y certificado.

También se remiten por 14 misas. Los pedidos al autor.

(1) Cantaré eternamente las misericordias del Señor.

Imp. CATÓLICA Huerto del Rey, 13.